

**TÚ,**  
**MI DELIRIO**  
PATY CASTALDI

EXTRACTO DEL LIBRO  
CORTESÍA DE  
EDITORIAL WINGED

*Por eso tengo que volver  
a tantos sitios venideros  
para encontrarme conmigo  
y examinarme sin cesar;  
sin más testigo que la luna  
y luego silbar de alegría  
pisando piedras y terrones,  
sin más tarea que existir,  
sin más familia que el camino.*

PABLO NERUDA  
Fin del mundo (El viento).

Lo miré marcharse mientras encendía mi coche y me disponía a irme para no volver jamás a ese lugar. Vi su espalda ancha atravesar la entrada alejándose de mí, y alcancé a ver sus puños cerrados, aguantando el coraje, intentando calmarse. El motor de mi carro ya estaba encendido, pero no podía quitarle los ojos de encima, sabía que, aunque él no pudiera verme, el ruido del motor me delataba, y aun así él seguía de espaldas. No lo sabía en ese momento pero él y yo tendríamos más capítulos por vivir.

Sentí comezón en mis mejillas cuando mis lágrimas ya estaban secas, y con el dorso de mi mano me limpié la nariz.

—Estás bien pendeja —me dije en voz alta porque solía reprenderme así, lo encontraba gratificante—. Te vas a arrepentir por esto.

Dicho eso me fui sin mirar a otra parte que no fuera hacia adelante. Por supuesto no me di cuenta que él estaba recargado en la puerta principal mirando hacia afuera, esperando que yo regresara.

Todos solemos cometer decisiones equivocadas, pero esas mismas decisiones a veces nos hacen avanzar en la vida, y después de tantos años no te imaginas viviendo de otra manera, entonces es cuando dices «qué bueno que hice aquello, fue lo mejor». Ese día yo tomé una decisión y esta fue dejar al amor de mi vida para irme a otra ciudad, con otro hombre que, en ese momento no lo sabía, me destrozaría en mil pedazos.

En aquel tiempo no lo pensé, creí que sería lo mejor, que mi vida estaba en aquella ciudad lejana y que mi futuro era prometedor al estudiar una carrera que ni yo misma entendía. Y aunque ya tenía muchos años con mi novio, creí que a ningún lado nos llevaría esa relación y que lo mejor sería avanzar yo sola. Tonta de mí, pues me estaba dirigiendo directito al matadero y sin saberlo.

Algunas veces pensé en tener un hijo de él solo para quedarme con su recuerdo. En mis fantasías, si llegáramos a compartir la cama y resultara un embarazo de ello, yo tendría al bebé sola y sin que él se enterara. Eso era, para mí, la máxima prueba de amor. Pero estaba joven y decidí que en unos años pensaría en eso, no importaba si me estaba enamorando del otro, porque a mi ex nunca lo iba a olvidar, eso lo daba por hecho.

Tengo que ponerles nombres, lo sé. Dejé a Julián para irme con Roberto, ahí están, tenía que decirlos.

En fin, ese día me marché sin ver a Julián que me miraba y me esperaba. Las maletas ya las llevaba en la cajuela de mi carro. Me iba de la ciudad para no volver, bueno, claro que sí volvería pues ahí vivían mis padres, pero solo sería de visita. Terminé con todo mi pasado y emprendí una nueva vida.

Tomé la carretera y, con un *cd* de *Red Hot Chilli Peppers* puesto, me dirigí hacia mi destino *compartiendo con las aves ese hermoso paisaje*.

Todavía no sé por qué la vida se empeñó en ponerme a Roberto enfrente si me iba a hacer sufrir tanto, pero creo que todo ese sufrimiento era necesario para vivir todo lo que viví y para ponerme en el lugar en el que estoy hoy.

Lo conocí en una fiesta a la que no debí haber ido, no era para nada mi ambiente, pero en ese tiempo me sentía tan rebelde y tan dueña del mundo entero, que me quedé hasta el final. Era en una casa enorme y abandonada en la ciudad de Torreón, había llegado ahí con unos amigos y me habían presentado a todo mundo, incluido Roberto, que andaba totalmente drogado, pero yo, en mi inocencia, pues como lo dije, ese no era mi ambiente y no supe que él andaba así pues nunca había conocido personas así; no me di cuenta de ello.

Platicamos un par de horas y yo quedé encantada con su sentido del humor y con sus sonoras carcajadas.

—Deberías venirte a vivir aquí, podría verte más seguido —dijo y acepté sin darme cuenta que esa era la primera vez que me decía que hiciera algo y yo aceptaba, totalmente ciega.

Cuando nos despedimos esa noche, nos besamos y, aunque Julián era mi novio todavía, no me importó en lo absoluto y deseé estar con Roberto más tiempo.

Todo cambió a partir de ese momento, dejé de ser la mujer feliz y libre que antes era. Olvidé mis gustos por las fiestas, por tener amigos, por leer, por soñar... tan solo me dedicaba a Roberto quien, inconscientemente, se convirtió en el dueño de mí misma, el que me poseía y me decía qué hacer y qué no. El que me manejaba como un vil títere e influenciaba en todas mis decisiones.

Yo no me daba cuenta en lo que me estaba convirtiendo, creía que lo que me estaba pasando estaba bien. Ahora ya no lo recuerdo. Lo que sí recuerdo son las noches infinitas que le lloraba y le llamaba una vez tras otra porque no llegaba y porque, sin él, me sentía vacía, incompleta, inservible. Lo necesitaba a mi lado para poder respirar.

Fueron noches y días llenos de angustia. Con él me fui encogiendo poco a poco hasta ser alguien insignificante, o al menos así me sentía yo: pequeñita.

No estoy orgullosa de todo lo que me ha pasado pues yo he sido la única que ha tomado el rumbo de este camino, por lo tanto soy la única responsable. He tenido altas y bajas, más bajas que altas, la verdad; he sufrido montones; he huido siempre de lo que amo y, algunas veces, de lo que no.

A mis cuarenta años he vivido más de lo que me hubiera gustado, pero ahora

estoy en el momento en el que por fin me puedo sentar en paz a tomarme una taza de café y leer un libro sin pensar ni angustiarme en nada más.

Esta es mi vida basada en mis propias decisiones. No tengo nada más que mostrar, es todo lo que soy.

No me gustaría revivir cada detalle porque es doloroso, pero he decidido contar mi historia y para eso es preciso que yo suelte todo lo que tengo en mi memoria y en mi corazón.

Cuando era joven no me daba cuenta de lo poco o mucho que tenía, mucho menos de lo valiosa que era yo. Tampoco sabía que esa costumbre o hábito que tenía sobre escribir y leer se convertiría en un talento o habilidad más adelante; si lo hubiera sabido, entonces hubiera intentado pulirlo, buscar cursos o hacer cosas que me ayudaran con él. Nadie me dijo que alguien como yo podía siquiera imaginarse llegar a ser escritora algún día; esa profesión no me la enseñaron a lo largo de toda mi educación básica, solo había doctores, maestros, ingenieros, entre otros. Ser escritor era un sueño falso, una ilusión, algo imposible. De hecho nadie me dijo que eso de ser escritora era posible aunque fuera imaginarlo.

Vivía mi vida al día y desperdiciaba buenos momentos con personas que no eran las indicadas y que ni siquiera se acercaban a aportarme algo bueno, por muy mínimo que fuera. Tal como me pasó cuando me mudé a Torreón y jugué a enamorarme y a llevar una vida de adulta.

Roberto nunca debió ser ese *indicado* para mí. Desde el primer momento en que lo vi debí saberlo, en realidad creo que lo supe, pero me puse en mi modo de siempre obtener lo que quiero, y lo que quería era a él.

Lo tuve. Pero solo unos segundos antes de que él se adueñara de mí, de mi vida y mis cosas.

Ahora no sé si él planeó hacerlo, si él, desde el principio, se fijó en mi fragilidad y en mi cuenta bancaria, o si en realidad todo fue natural.

—Carmina iba a ser mi novia —me dijo un día, cuando ya éramos novios—, pero llegaste tú.

—¿Y?

—Que te elegí a ti, ¿no es suficiente? Ganaste, te quedaste conmigo.

Y yo sonreía, aun sabiendo que Carmina y él se veían de vez en cuando a escondidas y que él le decía que debió haberse quedado con ella.

Al inicio de esa relación, cuando todavía era yo, iba de visita a la otra ciudad de vez en cuando y, quizá por estar dentro de los mismos círculos de amigos, o también quizá porque yo le llamaba, siempre me encontraba a Julián. Era una especie de placer verlo y sentir que nada en mi vida había cambiado, era extender un poco mis brazos para ya tenerlo ahí abrazándome. Siempre debía haber contacto físico entre nosotros, es decir, un simple roce, una caricia, tomarnos de las manos... no sabíamos estar cerca sin tocarnos. Pero nunca pasó nada más, él sabía que yo tenía novio y yo sabía que él no estaba esperándome, que veía a más chicas. Pero era un deseo inevitable de vernos a los ojos, de saber que seguíamos ahí, el uno para el otro. Creo que él fue el motivo por el cual me mantuve con vida todo ese tiempo.

Nunca hablamos sobre aquella vez en que terminamos nuestro noviazgo afuera de su casa. No le pedí perdón ni él me reclamó. Fue un borrón y cuenta nueva, pero ahora solo como amigos. Si bien es cierto que en su mirada notaba cierta tristeza al preguntarme si seguía con Roberto, pero jamás me insinuó nada, tan solo estuvo ahí para mí.

Con el paso del tiempo fui dejando de verlo, incluso fui dejando de ir a esa ciudad. Me quedaba encerrada en mi casa en Torreón, dejé de estudiar, me dejé vencer. Ya era otra.

Fue aquel tiempo, quizás, el peor de mi vida, cuando conocí a mis demonios y pasaba horas y horas con ellos, cara a cara. Era sentir que me estaba volviendo loca pero sin tener ni las fuerzas ni las ganas de enfrentarme a todos mis problemas. Era como si yo no existiera, como si todos esos demonios hubieran ocupado mi lugar.

Intenté suicidarme, sí, no lo niego y mucho menos estoy orgullosa de ello, pero lo hice. Me creía incapaz de vivir en un mundo en donde no estuviera con mi novio a cada minuto, en donde no tuviera aprobación para cualquier respiro que tomara o paso que diera. Intenté varias veces quitarme la vida pero siempre me detenía Roberto con hartazgo en su mirada.

—¿Otra vez, Lucy? Si lo quisieras ya lo hubieras hecho. ¿Por qué simplemente no lo haces?, así ya no batallarías contigo.

Y yo lloraba y luego sonreía aliviada por tenerlo conmigo para protegerme. Aunque a veces he pensado que en verdad no quería suicidarme, solo quería que él me protegiera, que él fuera mi héroe, mi salvador.

«Qué pendeja estaba», me lo digo ahora en voz alta. Bueno, ya no lo hago, ya pasé por esa etapa. Negación, aceptación, dolor... por todo eso ya pasé. Ahora solo vivo.

Julián, en cambio, vivió su vida mientras yo me retorcí los dedos, me rascaba hasta sacarme sangre y miraba a través de la ventana esperando. No sé qué tipo de vida

llevó, pero la vivió lejos de mí. Por un tiempo, después de unos años que yo dejé a Roberto, supe que andaba metido en drogas y que trataba muy mal a su novia. Creo que también conoció a sus demonios. Pero ¿quién no lo hace? Creo que todos pasamos por eso al menos por algunos minutos de nuestras vidas y a veces es bastante necesario.

Después se casó y al parecer logró, como yo, vencer todos sus problemas y llevar una buena vida.

En fin, que, después de un tiempo, cada uno de nosotros dos tomamos un camino muy diferente, nos alejamos tanto que por muchos años no supe de él, y él de mí tampoco. Y no es que yo lo pensara cada noche y suspirara, no. Pero, a veces, cuando su recuerdo acudía a mí, mi cuerpo se volvía tibio y las sonrisas aparecían de inmediato.

«Julián», pensaba, «mi Julián».

No creo que fuera amor. Estoy casi segura que no se puede amar así, a la distancia, con solo recuerdos bonitos, añoranza, sentimientos viejos que te llenan el corazón por unos momentos y después se guardan de nuevo en el baúl de los recuerdos.

En cambio, con Roberto, después de separarnos, nunca fue así. Si bien es cierto que me costó mucho cortar todas esas cadenas que me ataban a él y que, a mitad del proceso, a veces le llamaba rogándole que regresáramos; una vez que me desprendí de él por completo se borró todo sentimiento de amor que le tenía. Por un tiempo fueron lágrimas y lágrimas por todos los pedazos que tenía que pegar de mí y por darme cuenta que había permitido romperme; después fue odio, muchísimo odio el saber todo lo que me había hecho y en lo que me había convertido; luego fue terror, sí, tenía terror de volver a caer tan bajo que el monstruo de todas mis pesadillas siempre era él. Ahora es un poco de lástima al saber que el karma existe y todo lo está pagando poco a poco con una tasa muy alta intereses.

«¿Recuerdas cuando me dijiste, mientras me señalabas con tu dedo índice, que jamás nadie me iba a querer y que iba a estar sola porque estoy loca? ¿Recuerdas que me dijiste que yo no era nadie y que jamás triunfaría en mi vida?», me dan ganas de decirle: «mírate en un espejo y ahora dime a quién amenazaste esa vez, ¿a mí o a ti?».

Después de vivir los peores años de mi vida en Torreón y de llegar al punto en el que yo gritaba a medianoche por auxilio mientras él me golpeaba, decidí quererme un poquito y huir de ahí.

Esa fue la segunda vez que hui. La primera fue al dejar a Julián, ahora era para dejar a Roberto y de esa decisión jamás me podré arrepentir. Tomé pocas cosas y regresé a mi ciudad de origen a casa de mis padres. Ellos no pidieron explicaciones, no las necesitaban. Yo había regresado sin avisar una noche; cuando mi madre abrió la puerta y yo entré me sentí tan aliviada que me desplomé en el suelo y comencé a



llorar por horas. Al día siguiente les dije que no me preguntaran nada, que solo me aceptaran un tiempo. Lo hicieron sin preguntas.

Por ese tiempo vi a Julián una sola vez. Después de unos meses de haber estado encerrada con miedo a salir y de, como dije, llamarle algunas veces a Roberto rogándole que me perdonara para después arrepentirme y volver a desatarme esas cadenas tan pesadas, decidí salir y divertirme.

Seguían siendo los mismos círculos sociales, así que terminé en una fiesta en donde, por supuesto, estaba él. Siempre estaba él.

Sería exagerado decir que chispas saltaron de nuestros cuerpos al saludarnos, pero lo que sí puedo decir es que nuestro ligero abrazo como saludo duró más de lo normal y que su mano acarició mi espalda de una manera diferente a la que habría hecho cualquier amigo.

—Lucy, te presento a mi novia. Selene, ella es Lucy.

Así de poco duró mi ilusión al reencontrarme con él. No había tenido noticias tuyas, no sabía que tenía novia pero no era algo que yo no me imaginara. Pude notar cierto rechazo en su rostro al saludarme, como un reconocimiento, como diciendo *sé quién eres, Lucy, y no me agrada conocerte*.

La noche hubiera transcurrido normal si no hubiera sido porque, al final, después de que cada quién se fuera y me quedara sola con el dueño de la casa platicando cosas del pasado, Julián hubiera regresado después de haber dejado a su novia en su casa.

—Es que olvidé mi cartera en...

—No olvidaste nada, güey —dijo Javier—, no tienes que sacar pretextos. Voy al baño, ahorita regreso.

Nos dejó solos a propósito sabiendo lo que había habido entre nosotros y lo que delataban nuestras miradas.

—¿Cuánto tienes con ella?

—¿Cuánto tienes aquí? —me preguntó fingiendo que yo no había abierto la boca primero y se sentó junto a mí, con su rodilla pegada a la mía.

—Pocos meses —contesté metiendo mis manos a las bolsas de mi suéter, no quería tocarlo, o más bien me moría de ganas de tomar su mano y acariciar los vellos de su rostro, pero no debía hacerlo.

—¿Cuándo te regresas? —preguntó pegándose un poco más a mí.

—No me voy a regresar —dije intentando no escarbar en mis recuerdos—, mi vida allá terminó.

Me contestó el silencio. Era muy noche, ya ni los carros pasaban. Ambos miramos al cielo, había un par de estrellas muy brillantes que estaban esperando a que les pusiéramos nombres. Hubieran sido algo como Eusebio y Florinda, eternos enamorados. Pero nosotros no teníamos ganas de nombrar estrellas, en ese momento se veían

tan lejanas.

—Tengo un año saliendo con ella —dijo para cambiar de tema, él sabía muy bien que yo no quería hablar del porqué me había regresado—. Desde que salía contigo no había durado tanto con alguien.

—Espero que no termine contigo de pronto y sin aviso, tal como...

—Lucy, eso ya pasó.

—Esa decisión fue la que...

—Olvídalo —me dijo y pasó su brazo por mi espalda al mismo tiempo que me atraía hacia él.

No era un abrazo de amor, era uno de amigos, para decirme que ahí seguía él para mí, que estaba a mi lado y que podía confiar en él.

Quería contarle lo que había vivido, quería pedirle perdón y pedírmelo a mí misma por todo el daño que había causado al tomar esa horrible decisión de irme y dejar todo atrás. Quería pedirle que volviera conmigo, que retomáramos todo, que volviéramos a comenzar.

—Soy una pendeja... —comencé a decir pero su celular sonó.

—Es Selene, tengo que contestar.

Se alejó un poco con su cara de perrito arrepentido y contestó la llamada.

—No, mi amor, ya llegué a mi casa pero estoy afuera esperando a que llegue mi hermano. —Alcancé a escuchar que le decía—. ¿Cómo te vas a preocupar por ella?, solo me la topé y no estaba planeado. Ella ni vive aquí.

Comprendí que la quería, que lo más probable era que no la dejara por mí. Que era mejor no decir nada.

En eso salió Javier y se sentó a mi lado.

—¿Necesitan más tiempo? —preguntó y encendió un cigarro, tan libre de problemas que me dio envidia.

—No —dije en voz baja para que no me escucharan al otro lado del teléfono—. Es hora de que me vaya.

Me despedí de él y me subí a mi carro. Julián me alcanzó, ya no estaba hablando. Se acercó a la puerta y me pidió que la abriera, Javier se metió a su casa de nuevo pero ahora cerrando el portón por dentro.

—¿Por qué te vas?

—Es tarde —dije con tristeza, no había planeado decirlo de ese modo pero así lo hice.

—Selene es...

—No es eso, Julián. Es tarde, tengo sueño, me quiero ir.

—Vámonos juntos —dijo y me tomó de la mano. Yo seguía sentada y él estaba afuera de mi carro, agachado.

—No seas tonto, traes tu carro y Selene te va a matar.

—Vámonos —dijo con esa mirada que siempre me dedicaba, una mirada de la que aún no me he atrevido a narrar.

Pero le dije que no y me mantuve. Quería irme con él a algún bar que estuviera todavía abierto, incluso a comprar algunas cervezas y tomárnoslas en el mirador o donde pudiéramos para poder platicar. Pero no lo iba a hacer. Estaba su novia y también mis sentimientos todos destrozados —seguía pegando pieza por pieza de mi interior—, no quería volver a sufrir.

Esa noche nos despedimos con un beso en los labios. No fue un beso apasionado, solo fue un beso de despedida que se da cualquier pareja. Un beso de rutina, uno que recordaba bien.

Sus ojos brillaron, los míos de seguro también.

Al llegar a casa y acostarme, caí de inmediato en un profundo sueño. Soñé que me había casado con un dentista canadiense y le rogaba que me quitara los dientes.

Estar en un solo lugar era demasiado asfixiante para mí, y más cuando no me sentía completamente agusto. Mis papás eran buenos conmigo, aún no me exigían que trabajara ni que estudiara, pero yo ayudaba con el quehacer y con los mandados. Pensaba trabajar, sí, primero ayudar con los gastos y después independizarme, aunque no decidía todavía si me iba a quedar en esa ciudad tan deplorable, eso era algo que no pasaba por mi mente. Tan solo intentaba sobrevivir cada día, pararme recta, sonreír, no caerme.

Pero después de ver a Julián y de saber que él tenía su vida y que yo no tenía nada, me comencé a desesperar. Años después supe que a eso se le llamaba *ansiedad*. Quería salir de ahí, no quería pasar ni un minuto más estando en ese lugar. Necesitaba liberarme, me decía, aunque no sabía bien de qué me tenía que liberar si ya era libre. Daba vueltas por mi habitación, me mordía las uñas, me rascaba la piel, después me sentaba en el suelo y comenzaba a llorar sin motivo alguno.

Julián me llamó una vez a casa de mis padres, habían pasado cerca de dos meses desde que nos habíamos visto.

—Lucy, ¿qué pasa contigo? Ya no te hemos visto.

—¿Quiénes? —le dije de mal humor. Pensar que seguía con su novia me ponía de malas.

—Todos. No has aparecido por ninguna parte. ¿Sigues viviendo aquí? ¿Puedo ir a tu casa?

—No puedes venir —le dije de manera tajante—, tienes prohibido venir.

—No mames, ¿por qué?

Pensé por un momento decirle que su novia no estaría de acuerdo y podría des-

atar una gran pelea entre los dos, pero no podía mostrarme celosa, no me convenía.

—Porque no. No vengas. Sí sigo viviendo aquí, pero muy pronto me iré.

—¿A dónde?

—Tengo que colgar —dije de inmediato—, me duele hablar contigo.

No había querido decir eso, no lo pensé, tan solo se me salió. Como respuesta obtuve unos segundos de silencio.

—En serio, tengo que colgar —insistí.

—No me hagas esto, por favor, Lucy. Mira, está bien, no iré a tu casa, pero vamos a platicar por teléfono, ¿sí?

—¿Platicar?

Acepto que para ese momento ya estaba muy mal, tenía meses sobreviviendo yo sola a mi apocalipsis personal. Había construido mi mundo de nuevo, ladrillo tras ladrillo; pero lo había hecho sola, sin dejar salir mis sentimientos, sin hablar con nadie, sin expresar lo que sentía. Tan solo sonrisas falsas frente a mi familia y llanto por las noches.

—¿De qué querrías tú platicar conmigo si tienes a Selene?

Otra vez se me salió decir algo que no tenía planeado.

—No digas eso, tú...

—¿De qué podríamos platicar?, nuestras vidas se separaron hace mucho, ya no tenemos nada que ver.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado, notaba que algo no andaba bien conmigo y quería ayudar.

—No, Julián, lo siento —dije y empezaron los sollozos, de esos que no se pueden contener—, no estoy nada bien. Mi vida se fue a la mierda desde que terminé contigo, y no te estoy diciendo que deberíamos regresar, creo que eso sería lo peor que pudiéramos hacer, pero...

—¿Qué pasó? Déjame ir a tu casa.

—No... no vengas. Me gusta escuchar tu voz por teléfono.

—Pláticame, sé que tienes cosas que contarme. Han pasado varios años, ya no sé nada de ti.

—En esos años estuve en el infierno —le dije bastante seria, conteniendo el llanto—, qué bueno que estuviste lejos de mí y no bajaste conmigo.

Le conté, de manera bastante resumida, todo lo que había vivido. También le conté sobre el mundo de las drogas en el que había entrado, algo que prefiero no narrar.

—No tenía ni idea, Lucy. Ay, Lucy, Lucy, Lucy...

—Nadie tiene ni idea de todo eso. Nadie sabe lo que viví.

—Mi Lucy.

—Mi Julián.

Reímos.

—Tengo que verte —me dijo—, Selene y yo podemos...

—No —me le adelanté a lo que me iba a decir—, tú y Selene no pueden terminar. No pueden terminar y menos por mi culpa.

—Ella te odia, ¿sabías?

—Todas me odiarán —le dije y me reí—. Es tu maldición.

—¿Todas? —preguntó.

—¡Todas!, ¿o creías que Selene iba a ser la última?

—Te quiero a ti —dijo pero no muy convencido, lo decía solo por decir algo que me hiciera sentir mejor.

—Julián, en diez días me voy de aquí. No tiene caso.

—¿Te vas?, ¿a dónde?

—A Canadá...

Y esa fue la tercera vez que hui, ahora a un destino inventado, un lugar que no conocía y que estaba demasiado lejos de todo. Ni siquiera estaba en mis planes ir a Canadá, jamás lo había pensado ni se me había cruzado por la mente, pero creo que fue porque en ese momento me sentía muy fría y temblaba de nervios, de miedo, de ansiedad. Por eso decidí en ese par de segundos que me iría a aquel país helado; también habría influido, seguramente, el sueño que había tenido.

Para muchos es muy difícil tomar decisiones tan abruptas, dejar todo, irse a un lugar en el que no se tiene nada... Pero es que yo ya no tenía nada; no tenía nada que perder. Lo primero que se necesita es voluntad, lo segundo es el dinero. Sin dinero no llegas muy lejos, puede que consigas para el transporte, pero al llegar allá, ¿cómo vas a sobrevivir? Necesitarías un milagro divino para hacerlo.

Yo me fui con una maleta pequeña y una cartera gorda, el dinero nunca me faltaba, aunque no por eso planeaba vivir sin trabajar nunca. Por ese tiempo yo tenía veinticinco años y estaba decidida a trabajar y solo trabajar para olvidar todo lo demás.

Tomé un vuelo hacia Calgary, Canadá, ahí busqué un hotelito y pasé dos noches en lo que ordenaba mis ideas e intentaba acostumbrarme al frío, cosa que nunca hice.

Al tercer día fui a la estación de autobuses y elegí un pueblo al azar, ese fue Banff. Me gustaba el nombre y el hecho de que fuera parte de un parque nacional. Me fui sin conocer. Algo bueno era que desde niña mis padres me habían inculcado el inglés como segundo idioma y así no tenía problemas.

Al llegar a Banff noté que los pocos hoteles que había estaban totalmente ocupados porque al parecer el lugar era muy famoso para esquiar y estaban en temporada alta, me quise caer del espanto al saber que había llegado a un lugar en el que no tenía

dónde hospedarme, pero enseguida me repuse. Si no encontraba nada me regresaría en autobús o de plano dormiría en la modesta estación.

Era alrededor de mediodía cuando anduve caminando por el pueblo tan pintoresco al que había llegado sosteniendo una pequeña maleta con mi mano derecha y con la izquierda cubriendo mi boca del frío, hacía bastante en aquel lugar, nunca había sentido tanto en mi vida. Junto al pueblo, antes de llegar, había visto la orilla de un lago congelado, no era tan atractivo como lo mostraban algunas fotos en internet, pero pensé que sería por todo el hielo y nieve acumulada. Una inmensa montaña adornaba la ciudad al fondo, era grande y blanquísima, parecía infinita. Después de quedarme casi en mitad de una de las calles vacías a admirarla, me dediqué a buscar un restaurante para comer hasta que me encontré uno bastante acogedor, entré sacudiendo mi cabello y dejé mi maleta y abrigo en la entrada. Decidí sentarme en la barra, creí que me calentaría más pronto al estar más cerca de donde cocinaban, aproveché para hablar un poco con la chica que estaba atendiendo.

[A la venta en Amazon](#) o en [Editorial Winged](#),  
no te quedes sin tu ejemplar.

